

Dios camina con  
*Su Pueblo*

# HOMILÍA CON UN **ENFOQUE PASTORAL**



Jornada Mundial  
del Migrante y  
del Refugiado  
29-IX-2024



"Dios camina con Su Pueblo"

## HOMILÍA CON UN **ENFOQUE PASTORAL**

### **”Dios camina con su pueblo”**

“Dios camina con su pueblo”. Unas bellas palabras llenas de sentido y esperanza que nos han propuesto para esta edición 110 de la Jornada del migrante y del refugiado. No es solo una idea bonita que busca consolarnos, es una realidad que pertenece a la Historia de la Salvación desde el origen, y que en nuestros días testimonian con especial elocuencia quienes se ponen en camino hacia una “tierra prometida” dispuestos a los riesgos e inclemencias que encontrarán en el trayecto.

Vivimos una etapa de la historia en la que podemos contemplar sin necesidad de buscar mucho, a pueblos enteros que se ponen en camino, éxodos provocados por guerras, hambrunas, desastres climáticos... En poco se diferencian del éxodo por el desierto que lideró Moisés.

El pueblo de la alianza vivió el desierto como lugar de prueba y aprendizaje, lugar de presencia y de purificación de la fe, y también lugar de la fidelidad y la esperanza porque Dios caminaba con ellos.

Hoy, cuando contemplamos o caminamos junto a tantas personas en movilidad descubrimos igualmente que Dios camina con ellos, camina con nosotros. De hecho, podemos decir que Dios se hace presente sirviéndose de unos y otros para animarse mutuamente a seguir caminando, a soñar con un futuro mejor. ¿Quién si no, puede alentar en los corazones la esperanza de que vale la pena atravesar desiertos como hacen quienes parten desde el África subsahariana, selvas como quienes cruzan el Darien, mares como hacen los que se lanzan al Mediterráneo creyendo que Europa es un paraíso? También en el continente asiático, tal vez de un modo más oculto, pero igual de peligroso, hay millares de personas poniéndose en camino forzadamente cada día. Todos ellos de un modo o de otro se encomiendan a Dios en el camino y sienten su cercanía, sea a través de la oración y en el silencio de su corazón al encontrarse literalmente entre el cielo y la tierra, o al sentir la cercanía física de sus compañeros de camino y de algunos buenos samaritanos que encuentran.

La primera lectura y el Evangelio de hoy nos hablan de la libertad del Espíritu de Dios para elegir a sus mensajeros. Dios no pone condiciones para hacer el bien, para ser compañero de camino... podríamos preguntarnos al afirmar que Dios camina con SU pueblo, si el SU que antecede a pueblo significa para nosotros y nosotras algún tipo de exclusión, de sospecha, de privilegios. ¿Cuál

es el pueblo de Dios?

Nos decía el Papa Francisco en *Fratelli Tutti*, *soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.* (FT 8) Caminantes de la misma carne humana, bajo el mismo cielo, con los mismos dolores y las mismas esperanzas... todos bajo el cuidado de un Dios que solo puede compadecerse y ser misericordioso con todos sin exclusión.

Dios camina con su pueblo y sobre todo camina EN su pueblo. La Encarnación del Hijo de Dios, la vida que Jesús escogió vivir en esta tierra lo atestigua. Contemplar a Jesús por los caminos de Galilea y subiendo a Jerusalén nos habla del camino sin vuelta atrás que el Dios de Israel recorrió para enseñarnos a ser verdaderamente humanos, a vivir como hijos e hijas. Un trayecto recorrido *desde dentro, desde abajo y desde cerca*. En Jesús, Dios no sólo camina, sino que también se cansa con su pueblo, le duelen los pies, pasa hambre y sed, a veces sucumbe y muere, tiende la mano al compañero y mira hacia el horizonte queriendo ver ya la silueta de la “tierra prometida”.

La Iglesia siempre ha sido itinerante, los creyentes siempre hemos sido invitados a ser peregrinos, pero pareciera que en estos tiempos de apuesta sinodal, nos vamos desprendiendo de muchos pesos que nos habían acomodado, encerrado en estructuras que siendo solo medios los habíamos convertido en fines... Nos vamos dando cuenta que para caminar es necesario aligerar la carga, que para ser fieles a la esencial vocación misionera de la Iglesia hay que *transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación* (EG 27). Ser misionero es ser enviado, es caminar, es acoger el desafío de que *nuestra pastoral sea más expansiva y abierta, que nos coloque en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad.* (EG 27)

Nos decían al convocar esta Jornada que en los hermanos y hermanas migrantes y refugiados descubrimos un ícono contemporáneo de la Iglesia itinerante. Sabemos que los iconos nos invitan a la contemplación y a dejarnos decir algo de Dios, no dudemos en fijar la mirada en ellos, en dejarnos decir algo sobre intemperie, solidaridad, búsqueda, esperanza...sobre caminar juntos. ¡Hay tanto que podemos aprender sobre el camino y sobre el caminar con los migrantes y refugiados!

“Caminante no hay camino, se hace camino al andar” decía el poeta y encarnan vivamente los migrantes sin saber que están actuando la sinodalidad tan querida en la Iglesia. Ellos son probablemente una de las periferias más elocuentes sobre la que estamos invitados a posar la mirada para concretar ese acercamiento que va de la periferia al centro que nos pone en dinámica de

conversión permanente para reconstruir la comunión entre todos los sujetos y niveles hasta llegar a constituirnos -todos sin exclusión- en Pueblo de Dios<sup>1</sup>.

Las personas que se han puesto en camino sin abandonarse a una vida de *no futuro*, sin resignarse a una muerte temprana, sin someterse al terror de los conflictos son quienes nos enseñan a todos qué es la Esperanza. Y quienes en el camino dan un vaso de agua, comparten lágrimas, acogen al forastero, protegen a los niños, son los que testimonian, independientemente de su credo, que Dios ha visto la aflicción de sus hijos e hijas, de los *caminantes de la misma carne humana* y se compadece.

Nuestras comunidades son muchas veces lugares de acogida y en ese sentido podemos dar gracias al Señor que nos permite acogerle a Él cuando más lo necesita -fui forastero y me acogisteis- pero la invitación puede ir más allá. En la experiencia del éxodo, Dios estuvo presente en el origen haciendo arder el corazón de Moisés. En la tienda del encuentro se hizo especialmente presente durante todo el trayecto acompañando y sosteniendo la fe y la esperanza en los momentos de más fragilidad y cansancio. Y también estaba en la tierra prometida esperándoles y desde ella llamándoles, “no tengáis miedo, aquí os espero”, pareciera decir...

¿Y nosotros? Que sea en los caminos donde Dios nos encuentre reconociéndole y haciéndole presente, y no ocultos en los alrededores como los “salteadores del camino” quienes suelen tener como aliados secretos a los que pasan por el camino mirando a otro lado” (FT 75) y suelen tener como horizonte el propio enriquecimiento como nos dice Santiago en la segunda lectura.

Dios camina, navega, huye, cae, se ahoga, se pierde, corre, muere, espera con y en su pueblo... y ahí nos llama a ser *de los* de Cristo, los que dan de beber un vaso de agua, o lloran la pérdida de los compañeros de camino.

Crear en el Dios de Jesús es dejarnos atraer por el Resucitado desde la verdadera patria en la que a todos nos espera, escuchar su voz nos recuerda que Él ha vencido el mundo, que el amor es más fuerte que la muerte y que “lo que vale la pena, vale la vida”. Caminar, cansarse, luchar por los derechos de los hermanos y hermanas en fronteras, proteger a los vulnerables, vale la pena y hacerlo con Jesús vale la vida.

<sup>1</sup> LUCIANI, Rafael. La reforma como conversión pastoral y sinodal eclesiogénesis de una recepción conciliar. Ediciones Universal, 2020.